

**¡Felices los
que trabajan
por la Paz!**

Domingo 13 de Marzo

La justicia de la fe es la misericordia, no la venganza.

Las tres lecturas de este domingo nos invitan a mirar hacia adelante. Isaías desde la opresión del destierro, promete un nuevo éxodo para su pueblo. Pablo aprende del pasado y corre hacia la meta. Jesús abre a la mujer adúltera un horizonte de futuro, el cual tiene la amenaza del “no” por parte de los fariseos.

El encuentro con un Padre compasivo nos empuja hacia experiencias nuevas. En nombre de Dios nunca debemos mirar hacia atrás. A Dios no le interesa ya nuestro pasado; le interesan nuestras actitudes del presente y las decisiones para cuanto nos depara la vida. La cuaresma nos impulsa a vivir la Pascua, es decir, como resucitados. En el Evangelio llama la atención la actitud “farisea”, acusan a la mujer mientras ellos se creen puros. Si tienen certeza del pecado de la mujer, ¿por qué no la ejecutan ellos? No aceptan las enseñanzas de Jesús, pero con ironía le llaman “Maestro”.

Para el Cuarto Evangelio esa actitud farisea busca tenderle una trampa a Jesús. Como tantas veces en el evangelio, algunos de los jefes religiosos judíos buscan la manera de justificar la condena de Jesús. Además queda patente el absoluto menosprecio por la mujer. Si encontraron a la pareja “in fraganti”, ¿dónde está el varón? (*La Ley mandaba apedrear a ambos*). Pero Jesús perdona a la mujer, la levanta y la invita al cambio: “vete y no peques más”. El perdón por parte de Dios es lo primero. Cambiar de perspectiva será la consecuencia de tomar conciencia de que Dios es Amor y está en nosotros.

La reconciliación es manifestación de la acción del Dios en las personas y las comunidades, no es fácil lograr este proceso, implica una actitud esperanzadora, para poder ir más allá de lo jurídico o legal, para lograr una verdadera aceptación de no desear el mismo mal para el agresor y continuar la vida con un corazón más misericordioso.

Muchos testimonios nos hablan de eso que ocurre en la persona que ha pasado por el sufrimiento y que solamente después de recorrer este camino de oscuridad es capaz de relatar lo vivido y al mirar atrás descubrir en su interior fortalezas insospechadas.

Por eso, relatos como el de Carlos cuando en su papel de fiscal recibe la petición de la señora María -considerada víctima de la violencia armada- en un proceso de imputación de cargos, ella quiere hablar directamente con el acusado de haber matado a su hijo. El fiscal le recuerda que ella tiene derecho a proteger su identidad que no debe entrar en el recinto judicial, sin embargo María insiste renunciando a este mecanismo de protección.



¡Felices los que trabajan por la Paz!

Después de muchas deliberaciones se acepta y María puede estar frente al asesino de su hijo, es un joven de la zona en donde ella vivía. Bajo la mirada atenta de los policías y del fiscal saca de su mochila una biblia y le dice al joven quien no paraba de llorar al verla: “rece mijo, para que Dios lo perdone, pues yo ya lo perdoné, sólo quería decirle que no guardo rencor en mi corazón”. La audiencia tuvo que ser suspendida, pues en la sala hubo llanto y asombro.

Es posible que, después de veinte siglos, algunos creyentes sigamos con la postura de los fariseos, es decir, poniendo el cumplimiento de la “Ley” por encima de las personas. Sin embargo, el anuncio y la práctica de Jesús, ponen como valor primero la persona de carne y hueso, no la institución ni la “Ley”. El Abba estará siempre con los brazos abiertos para recibir a quienes se equivocan.

Muchos de nosotros nos empeñamos todavía en mantener la línea divisoria entre el bueno y el malo. Jesús destruye esa línea divisoria (Ef. 2,14-17). ¿Quién es el bueno y quien es el malo? ¿Puedo responder la pregunta? ¿Quién puede acusar a su hermano hasta la muerte? Quizá el fariseísmo todavía tiene raíces en lo más hondo de nuestro ser. Nos cuesta ver aquellos signos de Dios creador y Señor, cuando apaga la sed de reconciliación de su pueblo y nos lleva a ser verdaderamente ese pueblo escogido que no está dispuesto a tirar la primera piedra, sino a proclamar alabanzas a Dios redentor.

Ahora es el tiempo de la Paz, tiempo para superar el rencor y el deseo de venganza. Olvidándome de lo que queda atrás, la guerra, corro hacia la meta, la Paz. La justicia de la fe es la misericordia, no la venganza. Tengamos siempre presente que Dios no se complace con la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva. Así como el Señor ha sido grande con nosotros, corramos al encuentro de nuestros hermanos que necesitan de una mano que los levante y de una voz que les diga: yo tampoco los condeno.

